

Antagonismo en el hemisferio izquierda: Žižek vs Laclau

Fiorella P. Russo

FCPyS-UNCuyo¹

Resumen

El presente trabajo aborda las disputas de los dispositivos teórico-políticos de Slavoj Žižek y Ernesto Laclau en torno a la concepción de antagonismo social, categoría clave en sus respectivos marcos teóricos. En el análisis se destaca que mientras Žižek inicialmente celebró la noción de antagonismo de Laclau y Mouffe como una aplicación de lo Real lacaniano para explicar el campo social, con el tiempo surgieron divergencias fundamentales entre ambos autores. El escrito explora los contrastes principales entre sus perspectivas: para Laclau, el antagonismo representa un límite externo en la significación, caracterizado por su indeterminación; mientras que para Žižek, se trata de un límite interno del sujeto trascendental, vinculado al concepto lacaniano de lo Real.

El artículo argumenta que estas diferencias tienen implicancias profundas en sus propuestas emancipatorias. Laclau defiende la construcción de un sujeto popular a través de la equivalencia de demandas, mientras que Žižek apuesta por la ruptura radical mediante el acto revolucionario. Además, estas discusiones reflejan debates más amplios dentro del “hemisferio izquierda”, conceptualizado por Razmig Keucheyan, donde las nuevas teorías críticas, herederas de la crisis del marxismo, se enfrentan a las nuevas condiciones del capitalismo post caída del Muro de Berlín. Así, los enfoques de Laclau y Žižek trascienden lo personal y dialogan con las luchas políticas y sociales contemporáneas.

Introducción

Cuando Slavoj Žižek conoció a Ernesto Laclau y a su obra en la década del ochenta mostró un fuerte entusiasmo, sobre todo, por la categoría de antagonismo desarrollada en *Hegemonía y estrategia socialista* (Laclau y Mouffe, [1985] 1987). Según lo expresaba en *El Sublime objeto de la ideología* (Žižek, [1989] 2019), la obra de Laclau y Mouffe tenía el mérito de haber construido una teoría del campo social basada en la noción de antagonismo social. Según su mirada, ellos habían sido los primeros en comprender y desarrollar la lógica de lo Real lacaniano en el concepto de antagonismo, entendiéndolo como un núcleo imposible, como un punto traumático que impide el cierre del campo social.

Sin embargo, con el tiempo los puntos de contacto entre el aparato teórico laclauisano y el žižekiano respecto de éste y otros temas comenzaron a ser más escasos y, en cambio, se trabaron en una fuerte polémica que duró varios años y que se manifestó en una pluralidad de referencias cruzadas. Este diálogo/disputa que sostuvieron sobre todo desde el año 2000 en adelante giró, en parte, alrededor de la categoría de antagonismo. Un tópico de desencuentro teórico-político central entre ambos autores que, de hecho, nunca encontró resolución.

En este trabajo propongo desarrollar algunos de los principales contrastes en las nociones de antagonismo que ambos autores sostienen. A lo largo de la exposición argumentaré cómo mientras para Laclau el antagonismo es un límite *exterior* en el orden de la significación, una negación externa que como tal es pura facticidad (y por tanto indeterminable *a priori*); para Žižek, por el contrario, se trata de un límite *interno* a la estructura del sujeto trascendental, una fisura asimilable al Real lacaniano (tal como él lo interpreta).

Vale decir que las discusiones en torno a este asunto se revelan de suma importancia en tanto marcan desde un comienzo las diferentes formas de resolución de los antagonismos sociales que los autores proponen o, dicho de otro modo, sus disímiles propuestas emancipatorias se relacionan profundamente con sus enfoques respecto del antagonismo. Que para un autor la lucha anticapitalista pase por equivalenciar demandas en pos de la construcción de un sujeto popular anti-sistema y que para otro la misma pase por animarse al abismo del acto revolucionario *devienen* o se desprenden (aunque no unívocamente) de las disímiles concepciones de antagonismo que sostienen.

Además, sus discusiones no flotan en el vacío ni se trata de una confrontación meramente personal entre autores, sino que ambos representan posturas más amplias que se sitúan en el variopinto y para nada homogéneo campo de lo que Razmig Keucheyan ([2010] 2013) dio en llamar (con el afán de aglutinar tendencias en pugna bajo una misma constelación) “hemisferio izquierda”. Se trata de teorías de talante crítico, herederas de la crisis del marxismo de los años setenta que intentan repensar la práctica política y la emancipación bajo las nuevas condiciones de dominación del capitalismo post caída del Muro de Berlín. En este sentido, los elementos teóricos que plantean los autores se combinan sobre el fondo de determinadas luchas políticas y sociales contemporáneas que los atraviesan.

El “hemisferio izquierda”

Hacia la década del setenta, tras el trauma propinado por las derrotas del movimiento obrero internacional, los sesgos autoritarios de las experiencias socialistas y la aparición de nuevos movimientos sociales, entre otros elementos de relevancia, comenzó a circu-

lar en los ámbitos marxistas la sensación de estar atravesando una nueva crisis. Esta vez no era como las anteriores. Mientras algunos celebraban las posibilidades creativas abiertas por ésta (Althusser, 2015), otros proponían negarla aduciendo su capacidad fértil y productiva (Anderson, 1980)². Las discusiones sembraron un amplio campo de debates sobre el estado de la teoría marxista y de la práctica política realizada en su nombre, que, por supuesto, no se dio solamente en Europa, sino que tuvo sus derivas latinoamericanas, tal vez de manera privilegiada en México, a donde arribaban por esos años los exiliados políticos de diversas dictaduras de la región (Cortés, 2014).

Estas discusiones y debates dejaron como saldo un nuevo campo de teorías de talante crítico caracterizadas por sus fuentes teóricas divergentes, su hibridación, sus posiciones contrapuestas, su mundialización y por su voluntad de poner la teoría crítica al servicio de las luchas sociales contemporáneas. Ahora bien, no todas estas teorías pueden encuadrarse sin peros en la teoría marxista, es por ello que diversos autores (Wallerstein, 1999; Corcuff, 2015; Boltanski, 2014; Marchart, 2009; Tønder y Thomassen, 2014; por nombrar solo algunos) han elaborado distintas cartografías que intentan, de alguna manera, mapear este amplio campo que abarca tanto la teoría *queer* desarrollada por la feminista estadounidense Judith Butler, como la metafísica del acontecimiento propuesta por Alain Badiou, la teoría del posmodernismo de Fredric Jameson, el poscolonialismo de Homi Bhabha y Gayatri Spivak, el *open marxism* de John Holloway, hasta el neolacanianismo hegeliano de Slavoj Žižek o el posmarxismo de Ernesto Laclau.

Sin desestimar otras propuestas, hay una cartografía en particular que reviste particular interés para este trabajo y es la desplegada por el sociólogo suizo Razmig Keucheyan (2013). En su libro “Hemisferio izquierda” define a esta constelación de teorías como “nuevas teorías críticas” y argumenta que son *nuevas* en tanto tomaron notoriedad tras la caída del Muro de Berlín (aunque sus discusiones son claramente herederas de la crisis del marxismo de los años setenta); son *teorías* ya que reflexionan no solamente sobre lo que es sino también sobre lo que es deseable y por tanto adquieren una dimensión fuertemente política; y son *críticas* porque cuestionan el orden social existente de manera global. Además, comparten la pregunta por lxs sujetxs de la emancipación, así como por las nuevas modalidades de práctica política y las posibilidades de transformación social en las condiciones de dominación del capitalismo contemporáneo.

Más allá de estos elementos aglutinantes, por lo demás se caracterizan por sus fuertes contrapuntos, sus diferencias, distancias y por carecer de una problemática conceptual común. Es en este campo minado y sobredeterminado en el que inscribimos la reyerta entre Žižek y Laclau sobre el antagonismo, ambos sobresalientes exponentes de las nuevas teorías críticas y representantes de dos posiciones en pugna.

El antagonismo como límite interno

Si bien Žižek, en un comienzo, había mostrado lazos teóricos con Laclau, rápidamente comenzó a identificar serias limitaciones en su teoría del discurso. En *Más allá del análisis del discurso* (Žižek, [1990] 2000), aquel epílogo que el esloveno escribió para el libro *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* de Laclau, señala que hay dos formas de entender el antagonismo: el posestructuralista, que lo piensa como una lucha entre diversas “posiciones de sujeto” definidas lingüísticamente (este sería el modelo laclausiano); y el laciano, que inscribe esa lucha en la estructura misma del sujeto, en el irreductible conflicto del sujeto consigo mismo (perspectiva en la que se sitúa el pensador de Liubliana).

Según argumenta, la segunda noción es mucho más radical que la primera en tanto que concibe la negatividad como “un límite *interno* del sujeto mismo, una especie de auto-bloqueo ideológico del que sólo es posible sustraerse a través del “acto” radical” (Castro-Gómez, 2015, p. 268). En cambio, la noción posestructuralista concibe a la negatividad como un límite *externo* en el orden de la significación. El problema de esta concepción, afirma Žižek, es que la lucha política se reduce simplemente a instaurar cada vez un nuevo significante-amo (nuevas luchas, nuevas reivindicaciones) sin afectar los núcleos centrales del capitalismo, cuando de lo que se trata es de realizar un “acto” radical, un verdadero atravesamiento del fantasma.

Para construir su posición, Žižek se despega de la noción de lo Real lacaniano como lo plantearía cierta lógica empirista, es decir, como algo exterior a lo Simbólico. Según explica, lo Real no es el exterior del ser, el mundo complejo que no se deja aprehender totalmente por el lenguaje. Esta postura estaría más bien relacionada con la idea weberiana de que como el mundo es muy amplio y basto solo podemos aprehender con nuestras ideas tan solo una parte o, dicho por el propio Žižek, con “la oposición empirista entre la riqueza infinita de la realidad y la pobreza abstracta de las categorías mediante las cuales tratamos de captarla” (Žižek, [2000] 2004b, p. 218). Al contrario de este pensamiento, lo Real es interno/inherente a lo Simbólico y por ello no puede ser simbolizado, sino que representa el fracaso de la simbolización. Justamente, señala, “la paradoja es que lo Real como externo, excluido de lo Simbólico, es en realidad una determinación simbólica; lo que elude la simbolización es precisamente lo Real como el punto de fracaso inherente a la simbolización” (Žižek, [2000] 2004a, p. 133).

De esta forma, para Žižek el antagonismo no es una relación diferencial en la que la identidad del significante se define por su posición en un sistema de diferencias como lo propondría el esquema lacaniano. Lo que le falta a esta concepción, dice, es “la coincidencia “*reflexiva*” de la diferencia interna y externa” (Žižek, [2000] 2004b, p. 217). Desde el punto de vista lacaniano, la diferencia que separa a la mujer del hombre es antagónica, no porque la oposición al hombre defina la identidad de la mujer, sino porque simultáneamente *barra* a la mujer desde dentro, impidiéndole alcanzar una identidad plena. Así, la noción de antagonismo žižekiano involucra una suerte de “metadiferencia” puesto que los dos polos antagónicos difieren en la forma misma en que definen o perciben la diferencia que los separa. Por ejemplo, señala, en el caso de un derechista y un izquierdista: para el primero la brecha que lo separa del segundo no es la misma que esa *misma brecha* pero percibida desde el punto de vista del izquierdista.

Para graficar este punto Žižek apela, en numerosos escritos, a un ejemplo tomado del análisis del Lévi-Strauss en *Antropología Estructural* sobre la disposición espacial de los edificios entre los winnebago, una tribu de los Grandes Lagos:

La tribu está dividida en dos subgrupos (*moitiés*), “los que son de arriba” y “los que son de abajo”; cuando le pedimos a un individuo, hombre o mujer, que dibuje en un papel, o en la arena, el plano de su aldea (la disposición espacial de las casitas), obtenemos dos respuestas muy diferentes, según su pertenencia a uno u otro de los subgrupos. Ambos perciben la aldea como un círculo, pero para un subgrupo, dentro de ese círculo hay otro círculo de casas centrales, de modo que tenemos dos círculos concéntricos; mientras que para el otro subgrupo, el círculo está dividido en dos por una línea divisoria clara. En otras palabras, un integrante del primer subgrupo (llamémoslo “conservador-corporativo”) percibe el plano de la aldea como un anillo de casas más o menos simétricamente dispuestas alrededor del templo central; mientras que un miembro del segundo subgrupo (“revolucionario-antagónico”) percibe su aldea como dos pilas distintas de casas separadas por una frontera invisible...” (Žižek, [2000] 2004a, p. 122).

En este ejemplo se puede ver que los dos polos antagónicos de la sociedad difieren en

la forma misma en que definen o perciben la diferencia que los separa, es decir, representan el antagonismo de manera *diferente* y no tan solo de manera opuesta o *diferencial*. En este campo de significantes, señala Žižek, siempre hay por lo menos un “significante sin significado” que no tiene un sentido determinado, sino que representa la presencia del sentido en sí. En la narrativa lacausiana, se trataría del significante vacío que el proceso hegemónico intenta llenar con algún sentido particular contingente.

Žižek rechaza realizar una lectura de esta situación en términos de relativismo cultural, según la cual, la distancia en la forma de representar la disposición de las casas de los winnebago sería producto de la *perspectiva* de cada subgrupo; sino que lo que estas dos miradas antagónicas entrañan es un “meollo traumático”, un antagonismo fundamental que los habitantes no pueden simbolizar. Se trata de un desequilibrio en las relaciones sociales que impide que los miembros de esta comunidad puedan estabilizarse en una totalidad armoniosa. Las dos percepciones serían, en realidad, dos intentos irreconciliables de afrontar la herida del antagonismo traumático y de generar una estructura simbólica.

De esta manera podemos ir percibiendo que el antagonismo fundamental žižekiano se relaciona íntimamente con lo Real lacaniano. Este Real no hace referencia a un exterior incognoscible, sino a un núcleo traumático que distorsiona la concepción que los miembros de la comunidad tienen del propio antagonismo. Por ello señala que “lo Real es la X repudiada por la que nuestra visión de la realidad está anamórficamente distorsionada” (Žižek, [2008] 2011, p. 296). El antagonismo es a la vez la Cosa a la que no se puede acceder directamente y lo que impide el acceso a la Cosa. Lo Real, de esta manera, es el principio de distorsión de la realidad.

Así, el antagonismo de la sociedad se traduce como un obstáculo en el propio orden simbólico (es decir, es interior). No se trata simplemente de una oposición de las partes (“los de arriba” vs “los de abajo”, posición diferencial), sino de una fisura en el orden simbólico, una X irrepresentable. Lo Real es como una pantalla distorsionada que no permite nunca un acceso directo a la Cosa. Por ello es que, para él, lo Real es un paralaje, o es “paraláctico y no sustancial” (Žižek, [2008] 2011, p. 133). Esto quiere decir que en sí mismo no tiene una cualidad sustancial, sino que se trata más bien de un “hiato entre dos puntos de perspectiva, perceptible sólo al pasar de uno a otro”³ (Žižek, [2008] 2011, p. 133).

Queda claro, entonces, que, para Žižek, lo Real no es aquel exceso incognoscible, no es que los winnebago no puedan conocer el mundo en toda su riqueza porque éste sea ilimitado e inaprensible, sino que el antagonismo produce distintas formas de simbolizar la fisura de la sociedad. Lo Real (el antagonismo) no es algo externo a lo Simbólico, no está fuera de él, sino que además de ser completamente inherente a éste, es su grieta de imposibilidad inmanente.

Esta noción lacaniana de antagonismo es llevada por Žižek al terreno de las clases sociales. Es decir, mientras el marxismo-leninismo considera la lucha de clases como un proceso histórico, esto es, como el motor de la historia; él plantea que se trata de un antagonismo que es inherente al cuerpo social, un corte que lo cruza por completo. Con esto desplaza la noción clásica de antagonismo de clase, esto es, la división de las masas en clases sociales, bajo el argumento de que ella lo reduce a una subdivisión dentro del cuerpo social ignorando que se trata de un corte que lo atraviesa (Žižek, [2008] 2011). De esta manera, el antagonismo no es una división *del* cuerpo social, sino un corte, una fisura al *interior* de todo cuerpo social.

Justamente, señala, la operación que realiza toda ideología hegemónica es desplazar el antagonismo fundamental de la sociedad, sacándolo del campo de visibilidad político-ideológica y, en cambio, imponiendo una elección entre dos supuestos antagonismos que figuran como los oficiales, pero que es, en realidad, falsa. Es lo que sucede, remarca, con el nazismo y los judíos. Éstos últimos, venían a forcluir⁴ el verdadero antagonismo: la lucha de clases. También sucede lo mismo con la dupla contemporánea multiculturalismo liberal y fundamentalismo, cuando, en realidad, se trata de una falsa elección. El antagonismo forcluido aquí es entre esta oposición y un Tercero excluido que es la política emancipatoria radical, que desaparece, por este efecto, del campo de visibilidad político-ideológico (Žižek, [2008] 2011).

Para complementar esta posición, Žižek introduce la noción de fantasía ideológica, un mecanismo por el cual se representa-positiviza de manera distorsionada la imposibilidad de representar el antagonismo dentro un campo ideológico⁵. El *modus operandi* de este mecanismo es la representación de esta imposibilidad en un elemento positivo que es transformado en un obstáculo externo (Žižek, [2000] 2004a). Es lo que sucede, según su perspectiva, en el nazismo y también en el populismo: se crea un enemigo externo para tapar o rodear el antagonismo fundamental. En este sentido, la ideología es “el nombre de la garantía de que *la negatividad que impide a la Sociedad alcanzar su totalidad* [...] tiene una existencia positiva bajo el disfraz de un gran Otro que maneja los hilos de la vida social” (Žižek, [2000] 2004a, p. 109).

Según Castro-Gómez (2015) el problema de toda esta construcción žižekiana del antagonismo es que lo sustrae de las relaciones de fuerza y lo ancla en la falla ontológica del sujeto. Es decir, plantea una noción de antagonismo que no depende de las relaciones sociales, sino de la “falla” inherente del sujeto. Esto, como sabemos, lo hace en franca reyerta con el posmodernismo al que acusa de reducir al sujeto a los procesos históricos de subjetivación. También en esta misma línea, Laclau le critica su falta de relación con la realidad y con las condiciones contemporáneas de dominación capitalista. Por ello es que lo acusa de esperar a los marcianos, en el sentido de que si bien define teóricamente al antagonismo, pone condiciones a los agentes revolucionarios que ningún agente empírico puede cumplir.

El antagonismo como límite externo

Por su parte, Laclau sostiene una concepción de antagonismo completamente diferente a la del esloveno. Para construirla parte de la diferenciación entre contradicción y antagonismo. Según su perspectiva el pensamiento marxista presenta una ambigüedad en tanto mientras que en el Prólogo a *Contribución a la crítica de la economía política* presenta una contradicción sin antagonismo; en *El Manifiesto Comunista* presenta un antagonismo sin contradicción (Laclau, [1990] 2000).

Laclau equipara la contradicción a la contradicción hegeliana, según la cual el movimiento interno (dialéctico) del concepto determina sus formas subsiguientes. Según su lectura (fuertemente criticada por Žižek) ésta es concebida como un momento interno del concepto en el cual todo exterior está excluido por definición. Es el caso, señala, de la idea marxista de una historia unificada por el desarrollo necesario de las fuerzas productivas que, por las formas particulares de relaciones de producción, se frena generando el colapso del sistema .

En cambio, para él, el antagonismo no significa necesariamente contradicción puesto

que no hay un desarrollo dialéctico o interno, sino que su resolución depende enteramente de relaciones contingentes de poder entre fuerzas que no pueden ser subyugadas a la lógica de la contradicción ni de ninguna lógica unificada. Así, todo antagonismo está constituido por un exterior que bloquea la identidad interior. Es decir, la negación no procede del interior como en la dialéctica hegeliana, sino que viene del exterior y como tal es pura facticidad que no puede ser imputada a ninguna racionalidad subyacente o positiva. El antagonismo, entonces, emerge cuando la fuerza que antagoniza a una identidad la niega y le impide constituirse plenamente. Por ello, no tiene un sentido objetivo, sino que es, justamente, el límite de toda objetividad, aquello que impide constituirse a la objetividad en cuanto tal (Laclau, [1990] 2000, p. 34).

En base a esta concepción es que Laclau repite una y otra vez que el antagonismo no surge lógicamente de la relación entre el comprador y el vendedor de la fuerza de trabajo, como lo plantearía el marxismo clásico, sino que emerge cuando el obrero se resiste a la extracción de plusvalía, resistencia que es producto de un *exterior constitutivo*. Siempre existe, para él, una objetividad que niega otra objetividad y es allí, por tanto, cuando se produce el antagonismo. Además, la presencia de antagonismos señala la imposibilidad de constituir lo social como un orden objetivo.

En este sentido, el antagonismo tiene una función revelatoria en tanto que a través de él queda al descubierto el carácter contingente de toda objetividad. Es decir, “si el desenlace de la lucha no está determinado de antemano, [...] la contingencia de las identidades de las dos fuerzas antagónicas es también radical y las condiciones de existencia de ambas tienen que ser ellas mismas contingentes” (Laclau, [1990] 2000, p. 37). Esta radical contingencia puesta al descubierto por el antagonismo implica la imposibilidad de fijar las relaciones o las identidades en función de una totalidad necesaria. De esto se sigue, según nuestro autor, que las identidades son puramente relacionales y que por ello no logran constituirse nunca.

Asimismo, para Laclau la fuerza que antagoniza cumple dos papeles que son cruciales a la vez que contradictorios: por un lado, bloquea la plena constitución de la identidad a la que se opone puesto que le muestra su radical contingencia; pero, por el otro lado, como la identidad es relacional, la fuerza que la antagoniza es también parte de las condiciones de existencia de la primera. Es decir que la fuerza que antagoniza es la que bloquea la constitución plena de la identidad a la vez que es parte necesaria de sus condiciones de existencia. Esta relación entre bloqueo y afirmación de una identidad no es otra cosa que la contingencia. Así, las fuerzas antagónicas y las identidades sociales no son, como para el Marx del *Prefacio*, la expresión de un movimiento objetivo más profundo que habría que visualizar en los agentes históricos concretos, sino que “es en el nivel de una historia factual y contingente donde debemos buscar las condiciones de existencia de cualquier objetividad que pueda existir” (Laclau, [1990] 2000, p. 39).

De esta forma, el antagonismo es, para Laclau, el lugar de *institución* de lo social. Dado que la sociedad no es algo “positivo”, sino un terreno agonístico en el que jamás se logra fijar el sentido de una vez para siempre, el antagonismo instituye lo social y lo llena de significados que quedan naturalizados. En este proceso, el antagonismo que le dio lugar queda “olvidado” pero puede reactivarse y hacerse visible nuevamente. Así, antagonismo es sinónimo de lo político, digamos, es la categoría central de lo político puesto que sin antagonismo no hay sentido, es su precondition. Tal cual lo explica Marchart ([2007] 2009) “si el antagonismo es necesario para la construcción o la estabilización transitoria de todo sentido, entonces *todo* sentido es, radicalmente, político” (p. 196). De esta manera, el fundamento de lo social es un lugar vacío que intenta ser llenado de diversas

maneras y estas estrategias son siempre políticas. Así, la única forma de suturar el antagonismo inherente a toda sociedad en este esquema es con prácticas hegemónicas, con articulaciones y con equivalencias.

Según Gascón Pérez (2014), Laclau fue cambiando su noción de antagonismo en función (sobre todo, aunque no unívocamente) en relación a las críticas que le realizara Žižek. Así, el antagonismo laclausiano presenta dos acepciones o se desdobra en dos niveles: el antagonismo como dislocación (noción ontológica) y el antagonismo como respuesta simbólica a la dislocación estructural (concepción particular). Si bien en un comienzo la categoría de *antagonismo* fue concebida como un límite de la objetividad, en *Emancipación y Diferencia* y en *Nuevas reflexiones* se ocupó de la cuestión de los límites de la significación para concebirlo como una articulación discursiva. Introduciendo la categoría de *dislocación* como remedio, presenta una concepción de antagonismo como una organización discursiva particular ante el carácter estructuralmente dislocado de lo social.

Conclusiones

Laclau y Žižek coinciden en ver al antagonismo como una negatividad fundamental que impide la positivización completa de lo social, solo que mientras para el primero esa negatividad es propia del proceso de constitución de la sociedad, en el sentido de que es el límite *externo* que no permite nunca que la sociedad se reconcilie; para el segundo la negatividad se ancla en el sujeto, es decir, el antagonismo se funda en el “fracaso” del sujeto, es el límite *interno* que impide la realización plena de su identidad. Para Žižek, el antagonismo deviene de la falla inherente al sujeto, esa negatividad fundamental que impide la positivización completa de lo social; al tiempo que en el planteo laclausiano, en cambio, el antagonismo se ancla en el vacío que deja el combate perpetuo de las fuerzas en pugna de la sociedad.

Además, mientras que en Laclau el antagonismo es lo que se construye en el proceso contingente de lucha por la hegemonía (y por lo tanto, rechaza la existencia de un antagonismo fundamental), para Žižek éste es sustancial. Es decir, en las sociedades existe siempre un antagonismo fundamental que nunca se presenta como tal, directamente, de forma transparente, sino más bien como una distorsión en la simbolización de ese antagonismo o como un desplazamiento de éste.

Por último, queda claro a estas alturas que estas dos maneras de construir la noción de antagonismo (antagonismo como falla del sujeto trascendental/como vacío que se produce en el combate de determinadas fuerzas aglutinadas) se relacionan íntimamente con las diferentes ontologías sociales que sostienen (ontología del lenguaje/ontología del sujeto). Tanto sus ontologías como sus nociones de antagonismo están en franca relación con las fuentes teóricas mediante las cuales sustentan sus trabajos, puesto que la noción de antagonismo como límite de la objetividad deviene de las herramientas tomadas desde Wittgenstein a Derrida; mientras que la noción de antagonismo como falla ontológica del sujeto y de la realidad deviene de una lectura lacaniana de la filosofía occidental. A la vez, estas dos nociones distintas de antagonismo marcan a fuego sus concepciones emancipatorias, puesto que mientras para Laclau se trata de revestir el vacío generado por la negatividad de la sociedad mediante la creación de un pueblo, para Žižek se trata de investir directamente contra lo Real de la sociedad, atravesar el fantasma, cambiar las coordenadas, y eso se puede hacer si se sostiene (por ejemplo en un contexto de triunfo de la democracia) la idea de que el comunismo todavía es posible.

Bibliografía

- Althusser, L. [1977] (2015). ¡Por fin la crisis del marxismo! En L. Althusser, *La soledad de Maquiavelo*, (pp. 283-298). Akal.
- Anderson, P. (1980). ¿Existe una crisis del marxismo? *Revista Dialéctica*, 5(9), 145-158.
- Boltanski, L. [2009] (2014). *De la crítica. Compendio de sociología de la emancipación*. Akal.
- Castro-Gómez, S. (2015). *Revoluciones sin sujeto. Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno*. Akal.
- Corcuff, P. (2015). ¿Qué ha pasado con la teoría crítica? Problemas, intereses en juego y pistas. *Cultura y Representaciones Sociales*, (18), 63-79.
- Cortés, M. (2014). Contactos y diferencias: la “crisis del marxismo” en América Latina y Europa. *Cuadernos Americanos*, (148), 139-163.
- Gascón Pérez, L. (2014). Democracia radical, entre la crítica y el nihilismo: un abordaje de la propuesta desde el diálogo entre Ernesto Laclau y Slavoj Žižek. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, (221), 121-144.
- Keucheyan, R. [2010] (2013). *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*. Siglo XXI.
- Lacan, J. [1981] (2009). *El seminario de Jaques Lacan. Libro 3: La Psicosis, 1955-1956*. Paidós.
- Laclau, E. y Mouffe, C. [1985] (1987). *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI Editores.
- Laclau, E. [1990] (2000). *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Nueva Visión.
- Marchart, O. [2007] (2009). *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Fondo de Cultura Económica.
- Russo, F. (2017). Desandando la crisis del marxismo: entre la negación y la celebración. *Revista Controversias y concurrencias Latinoamericanas*, 9(15), 37-44.
- Tønder, L. y Thomassen, L. (Edit.) (2014). *Radical Democracy: Politics Between Abundance and Lack (Reappraising the Political)*. Manchester University Press.
- Wallerstein, I. [1991] (1999). *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. Siglo XXI Editores.
- Žižek, S. [1989] (2019). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI Editores.
- Žižek, S. [1990] (2000). Más allá del análisis del discurso. En E. Laclau, *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pp. 257-267). Nueva Visión.
- Žižek, S. [2000] (2004a). ¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor! En J. Butler, E. Laclau y S. Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos de izquierda* (pp. 95-140). Fondo de Cultura Económica.
- Žižek, S. [2000] (2004b). Da Capo senza Fine. En J. Butler, E. Laclau y S. Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos de izquierda* (pp. 215-262). Fondo de Cultura Económica.
- Žižek, S. [2008] (2011). *En defensa de las causas perdidas*. Akal.

Notas

¹ Dra. en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, Lic. en Sociología por la Universidad Nacional de Cuyo. Docente de la carrera de Sociología en la FCPyS de la UNCuyo.

² Para visitar más en detalle la contraposición entre Althusser y Anderson respecto de la crisis del marxismo de los años setenta se puede ver Russo (2017).

³ Para ilustrar esto que Žižek denomina “visión de paralaje” se puede pensar en lo que sucede con la posición de un objeto cuando se lo mira, separadamente y sin mover la cabeza, primero con ojo y luego con el otro: el objeto cambia de lugar mostrando, al menos, dos posibilidades de existencia.

⁴ Jaques Lacan ([1981] 2009) elaboró este concepto para referir al mecanismo específico por el que opera la psicosis. En ella se produce el rechazo de un significante fundamental, de manera tal que queda expulsado (forcluido) del universo simbólico.

⁵ Es a partir de esta noción de antagonismo y de fantasía ideológica que Žižek le propina las críticas al populismo de Laclau. Para él, el populismo, justamente, con su construcción del enemigo desplaza (forcluye), con falsos antagonismos, el antagonismo fundamental de la sociedad.